

tría a un pequeño pueblo. En lo porvenir, siempre quedarían allí las raíces, lo que nutre y fecunda, aun cuando algunos marcharan por el mundo a distintas esferas sociales. Esa vez habían conquistado los pantanos todos, pudiendo así dar al cultivo la meseta entera; más de cien hectáreas de buen terreno. Ya podía nacer un nuevo hijo, pues hallaría plantado el nuevo campo. Y cuando los trabajos terminaron y los manantiales fueron encauzados y las tierras labradas y sembradas, fué un magnífico espectáculo ver, a la primavera siguiente, aquellos campos verdes que se extendían hasta donde alcanzaba la vista, anunciando la ópima cosecha. Aquello indemnizaba de las penas y de las lágrimas que costaron las primeras labores. Al propio tiempo que Mateo creaba haciendo que el suelo produjera, Mariana no cesó de producir. No era solamente la granjera avispada y hacendosa, sino también la esposa adorable y adorada, que fecundaba el divino deseo, la madre que, después de dar a luz un hijo y de amantarlo, lo educaba como la mejor institutriz, para infundirle su inteligencia y su corazón. Buena ponedora, buena educadora, decía Boutan con su agradable sonrisa. Hacer muchos hijos no es sino una aptitud fisiológica que muchas mujeres tienen sin duda; pero son pocas las dotadas de las cualidades morales que se requiere para educarlos convenientemente. Ella, prudente y alegre, procuraba obtener que sus hijos la obedecieran de buen grado. Le bastaba hablar para ser obedecida, rodeada, acariciada, porque era muy buena, muy bella y muy querida. No era ligera aquella obligación, pues tenía ya ocho hijos a los que era preciso atender. Como en todas las cosas, procuraba que aquella tarea fuera ordenada; empleaba a los mayores en velar sobre los pequeños, otor-

gaba a cada uno su parte de tierna autoridad, y alcanzaba la victoria a pesar de todos los obstáculos, procurando que reinaran la verdad y la justicia. Los mayorcitos Blas y Dionisio, que tenían dieciséis años, Ambrosio que iba a cumplir catorce, estaban ya medio emancipados de su tutela y más directamente bajo las órdenes de su padre. Pero los otros cinco, Rosa, Luisa, Gervasio, Clara y Gregorio, estaban siempre pegados a sus faldas y un nuevo hijo reemplazaba siempre al pequeño, que emprendía el vuelo al sentirse con fuerzas para ello. Esta vez, después de dos años, parió Mariana otra hija, que se llamó Magdalena. El parto fué feliz, aun cuando diez meses antes tuviera un aborto. Cuando Mateo la vió levantada y sonriente con la chiquilla en brazos, la besó apasionadamente, nuevamente vencedor a través de todas las penas y dolores. Un hijo más, más riqueza, más poder; una nueva fuerza obrando en el mundo, otro campo sembrado para lo porvenir.

Era la obra, la buena obra, la obra de fecundidad cumplida por medio de la tierra y la mujer, vencedoras de la destrucción, creando subsistencias para los nuevos hijos, amando, queriendo, luchando, trabajando entre el dolor, creando sin descanso más vida y más esperanza.

IV

Pasaron dos años más, y en ese período, Mateo y Mariana tuvieron otra niña, al propio tiempo que el dominio de Chantebled se enriquecía con los últimos lotes de bosque que quedaban de lo que fué propiedad de Seguin. Era ya de Mateo toda

la parte Norte del dominio, formando un conjunto de más de doscientas hectáreas de bosque. En los claros, donde se había plantado forraje, la fecundidad del suelo era grande y algunos caminos que se habían abierto y el agua de los manantiales que fecundaba el terreno, lo hacían propio para intentar la cría de ganado en grande escala. Aquello representaba la conquista irresistible de la vida, el triunfo del trabajo y de la creación, que no se paraban ante los obstáculos ni ante el dolor y que infundían de continuo nueva y generosa sangre en las venas del mundo. Desde que los Froment se habían convertido en conquistadores, labrando pacientemente la más sólida de las fortunas, que es la que tiene sus raíces en la tierra, los Beauchénons no se burlaban ya de ellos, no les llamaban labradores de afición, renegados de los talleres. Admirados al ver sus éxitos, y creyendo que éstos irían en aumento, procuraban ser amables con ellos, les trataban como a parientes ricos, y les visitaban a veces, admirando el tragín continuo, el movimiento y la vida que llenaban la granja. En una de estas visitas, Constancia se halló de nuevo con la señora Angelín, su compañera de colegio, que sólo había visto de tarde en tarde. Aquel matrimonio que años atrás pasara su luna de miel junto al molino de Jonville, había adquirido una casa cerca del pueblo y pasaba en ella los meses de verano. Pero las circunstancias habían variado; no tenían ya los cónyuges la inconsciencia de la juventud; la señora Angelín iba a cumplir treinta y seis años, y desde seis antes, procurando cumplir su promesa de tener un hijo a los treinta, era vano cuanto hacían para realizar su deseo. Los fraudes conyugales habían cesado; pero el hijo no venía. Por más que lo deseaban con ansia verdadera, sus abrazos resultaban infecundos como si

llevarán el estigma del egoísta placer a que antes se entregarán. La casa se les venía encima; una gran tristeza les dominaba. El, guapo todavía y arrogante, tenía ya el pelo gris y perdía la vista, lamentándose de que no podía apenas pintar abanicos; ella, asustada por aquella ceguera que parecía inevitable, por la sombra y el silencio que invadían su hogar, estaba triste de continuo y no resonaban ya ni en la ciudad ni en el campo sus alegres carcajadas. Una vez que hubieron reanudado sus relaciones, la señora Angelín iba alguna vez a tomar una taza de té en casa Constancia. Un día que estaban solas, aquélla no se pudo contener y, estallando en sollozos, confesó su pena.

— ¡Ah, querida amiga mía! No puede usted figurarse cuánto sufrimos a causa de no poder alcanzar ese hijo que deseamos con toda el alma. Mi marido me quiere como antes; pero comprendo que está convencido de que la culpa es mía. Lo comprendo y esto hace que pase horas enteras llorando a solas. ¡Culpa mía! ¿Quién sabe eso? ¿Quién sabe si es culpa del hombre o de la mujer? Pero nada le digo, porque enloquecería. ¡Si viera usted cuánta tristeza y soledad en casa, sobre todo desde que su enfermedad a la vista le pone taciturno! ¡Ah! Crea usted que daríamos nuestra sangre, la mitad de nuestra vida, para tener un niño que alborotara, que confortara nuestro corazón, ahora que alrededor nuestro no hay más que sombras y silencio.

Constancia la miraba extrañada.

— ¡Cómo! ¿No puede usted tener un hijo a los treinta y seis años? Yo creía que cuando una quería un hijo, lo tenía, estando robusta y buena... Además, creo que hay especialistas; de continuo veo anuncios en los periódicos.

Nuevos sollozos ahogaron la voz de la señora Angelín.

—¡Ay! no es verdad... hace tres años que tomo específicos; seis meses que me cura una comadrona de la calle de Miromesnil y yendo a su casa es cuando vengo a ver a usted. Siempre me promete un buen resultado; pero nunca lo toco... Hoy ha sido franca y ha dicho que desesperaba de curarme... He aquí por qué lloro... Dispense usted.

Luego, juntando las manos, prosiguió así:

—¡Pensar que hay mujeres felices que tienen cuantos hijos quieren! Ahí tiene usted a su prima, a la señora Froment. ¡Cuánto se ha reído de ella; cuánto me he reído yo! Ahora comprendo, y así se lo he dicho, la grandeza de procrear sin descanso, de un modo tranquilo y continuo. ¡Cuánto la envidio! A veces me dan tentaciones de arrebatarse uno de esos niños tan hermosos, que nacen con tanta abundancia y naturalidad como la fruta del árbol. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿acaso es porque esperamos demasiado, porque secamos la rama cuando la savia ascendía por ella?

Constancia, muy seria, meneó la cabeza al oír el nombre de Mariana. Continuaba reprobando sus preñeces continuas y afirmaba que un día u otro las pagaría muy caras.

—No, no, querida; no exagere usted. Un niño se comprende que no haya mujer que no lo desee; pero tener un verdadero rebaño, es una vergüenza, una locura. Ahora Mariana es rica y puede contestar que se halla en condiciones de hacer lo que le plazca. Es en verdad un atenuante. Sin embargo, persisto en mis ideas. Ya verá usted cómo más o menos pronto recibe algún castigo tremendo.

A pesar de lo que había afirmado, aquella tarde, cuando hubo salido la señora Angelín, Constancia quedó pensativa. Le sorprendía que no pudiese te-

ner un hijo, siendo relativamente joven. Sintió un estremecimiento glacial circular por sus venas. ¿Qué previsión del porvenir la estremecía de aquel modo? Aquel malestar era vago, apenas formulado; no llegaba a ser un presentimiento; no era sino la precencia de su fecundidad comprometida, perdida quizá. No se hubiese fijado tal vez en ello, si la idea de que tenía sólo un hijo no la hubiese llenado de angustia al saber la catástrofe que había ocurrido a Morange. Después de aquella escena de indecible horror, el miserable había caído en una apatía espantosa, no cuidándose de nada, trabajando maquinalmente, sin pensar, sin desear, sin querer, encerrado en el escritorio o en la habitación—que no quiso abandonar—resignado a vivir, pero sin ideales, sin esperanzas. Aquella desesperación trágica era tan horrible, que Constancia, que no era muy tierna de corazón, lloró al presenciarla. Y por primera vez se dijo que ella podría tener otro hijo, y sintió un terror no definido pensando en Mauricio. Sin embargo, éste, después de una adolescencia algo delicada y enfermiza, se había convertido en un mozo de diecinueve años, de tez pálida y aspecto vigoroso; había estudiado con provecho y ayudaba a su padre en la dirección de los talleres, y su madre, que le adoraba, no había jamás fundado tantas esperanzas en él como en aquel momento, viéndole ya—con el pensamiento—substituir a su padre, duplicar la actividad y las ganancias de la fundición, y hacerse así uno de los reyes de la industria. Aquel culto de Constancia por su hijo aumentaba en razón del disgusto que le causaba la conducta de su padre, de la repugnancia que hacia él sentía. En cierto modo era ella la culpable de lo que ocurría; pues habiendo cerrado los ojos ante las primeras faltas, dejando que buscara en la calle lo que

a ella le repugnaba otorgar en casa, acarreó en Beauchéne costumbres deplorables.

Acostumbrado a la venal docilidad de las mujeres que reclutaba en las aceras, no podía sufrir los fraudes a que su esposa le obligaba, cansábanle los remilgos de ésta, que no tenía temperamento propio para un hombre de sus bríos. No pudiendo hallar el placer que anhelaba en su casa, lo buscó de continuo en la calle. Tenía entonces cuarenta y dos años. Bebía, comía y fumaba como un tambor mayor. Engordaba y vestía con desaliño. Sus párpados se abrían con esfuerzo, tenía relajados los labios, no pasaba ni una noche en su casa y no se tomaba ya la pena de buscar una excusa. Constanca sólo le aceptaba de vez en cuando, haciendo un verdadero sacrificio, para que la ruptura no fuese completa. Le dejaba que obrara a su guisa, sabiendo la vida de inmundos goces que llevaba. Lo que la asustaba más es que la degeneración física de aquel hombre robusto se traducía en un abandono de la fundición que pelicitaba. Aquel hombre que años atrás trabajaba con sin igual energía, abandonaba el trabajo y no sabía, como antes, adivinar las grandes empresas. Dormía mucho, estaba a lo mejor tres o cuatro días sin asomarse a los talleres, dejaba que el desorden y los gastos crecieran, de tal modo, que los balances, antes tan crecidos, acusaban el mal estado de los negocios. ¡Cuán doloroso espectáculo el de aquel hombre que siempre había profesado el culto del dinero, del capital duplicado por el esfuerzo ajeno, degenerando, envileciéndose, arruinándose por un exceso de riqueza!

Una suprema herida acabó de hacer que Constanca sintiera repugnancia invencible por su marido. Unas carías anónimas, producto de una baja venganza, dieron conocimiento a Constanca de

los amores de Beauchéne con Norina. La pensión pagada, el niño arrebatado... Aun cuando habían pasado ya dieciocho años, Constanca no podía pensar en aquella aventura sin repugnancia. Pensaba en el niño que había nacido de aquel deseo impuro. ¿Dónde lo habían echado? ¿Vivía acaso? Sentía unos celos extraños de aquella maternidad que su marido despertara en otra; parecía que empezara a sentir, como madre, un ardor, un cariño que no había sentido jamás como esposa. Esto hacía que cada vez adorara más a Mauricio, presta a sacrificarle su vida, su fortuna. Pensaba que no era culpable de la indignidad de su padre y esto hacía sin duda que jamás dirigiese un reproche a Beauchéne y continuara a los ojos del mundo siendo una esposa modelo como siempre. Hasta cuando estaban solos o en la alcoba, evitaba toda querrela, todo razonamiento. La burguesa mojigata, la mujer honrada, en vez de pensar en un amante, parecía por lo contrario, más enamorada que nunca de su hogar y de su hijo, protegida, tanto por el amor de éste, como por su rigidez de corazón y de carne. Herida, asqueada, esperaba el triunfo de su hijo, que purificaría la casa, teniendo una fe ardiente en su estrella y en su inteligencia.

Constanca fué la primera que volvió a hablar a la señora Angelín de sus anteriores confianzas. Se mostró muy compasiva, muy interesada por ella. Cuando la desdichada infecunda le confesó que cada visita a la comadrona le causaba pro-

—¿Me permite que un día la acompañe yo, querida amiga? Quizá a mí me diga lo que no se atreve a decirle a usted.

La señora Angelín hizo un gesto de cansancio y de denegación.

—¿Para qué? Tampoco le diría nada y sentiría haberla hecho perder miserablemente el tiempo.

—No, no. Le aseguro que siento curiosidad de hablar con esa mujer después de lo que me ha dicho usted.

Conviniéron que el próximo jueves irían a ver a la comadrona de la calle Miramesnil.

Aquel mismo día, hacia las dos, Mateo, que había ido a París para comprar una trilladora, encontró en la calle a Cecilia Moineaud, que llevaba un paquete cuidadosamente envuelto y atado. Tenía veintitún años y había quedado débil, delgada y pálida después que le hicieron la operación. Sentía mucha afección por ella, recordando los meses que pasara en la granja y la desesperación que la sobrecogió al saber que jamás podía ser madre. Cuando salió del hospital, buscóle trabajo, y se lo hizo obtener en una fábrica de cajas de cartón. Aquello era lo único que podían hacer sin cansarse sus pobres manos. Parecía una muchacha de la que se detuviera bruscamente el crecimiento, y no podía ver un niño sin que sintiera deseos de tomarlo en brazos y cubrirlo de caricias. Como era muy diestra y aplicada, pronto ganó dos francos diarios, pegando y montando cajas. Y como en su casa presenciaba continuas disputas y no veía ni un céntimo de su jornal, pensó en poner una habitación propia. Pero no tenía el poco dinero que precisaba para ello, y Mateo, que conocía su ambición, había decidido dárselo, causándole una alegre sorpresa.

—¿Dónde va usted por aquí?—preguntó al verla. Ella se sorprendió un poco y quedó algo confusa.

—Aquí cerca; a hacer una visita.

Luego, recordando lo bueno que había sido siempre para ella Mateo, acabó por confesarle la ver-

dad. Norina había parido por tercera vez en casa la señora Bourdieu. Había sido un cotratamiento aquella preñez. Estaba entonces Norina en un pisito muy lindo que le había amueblado un caballero que parecía quererla mucho; pero cuando supo lo del embarazo, no volvió a parecer por allí, de suerte que Norina tuvo que vender sus muebles y ropas, dichosa de poder ir a casa de la comadrona a librar. Pero cuando saldría de casa a Bordieu, se hallaría de nuevo en mitad de la calle, a los treinta y un años, cuando empieza ya la caída para las mujeres que han llevado una existencia alborotada.

—Siempre me ha querido mucho y yo a ella —dijo Cecilia.—Ahora le traigo un poco de chocolate. Si viera usted lo bonito que es el niño.

Sus ojos brillaron y una sonrisa de ternura iluminó su rostro pálido. Era extraño que aquella muchacha descocada de las calles de Grenelle se hubiese convertido, bajo la herida brutal del hierro, en una criatura sensible y delicada. A pesar de haber suprimido el órgano, la maternidad parecía haber despertado en ella.

—¡Qué desdicha que se empeñe en no criar a ese niño! A este, por lo menos, le ha dado el pecho, porque no quiere verlo morir de hambre a su lado. Me trastorna pensar en ello. Yo había pensado arreglarlo todo. Como sabe usted, deseo irme de casa; pues bien, alquilando un cuarto bastante grande, podíamos vivir las dos juntas. Yo la enseñaría a cortar y pegar, ella me ayudaría y cuidaría del niño... Pero no quiere, no quiere...

—¿Dice que no?

—Me ha dicho que estaba loca, y creo que tiene razón, pues no tengo ni un céntimo y hablo de

Fecundidad.—T. II.—6

alquilar un piso. ¡Si supiera usted cuánto sufrí Mateo, ocultando su emoción, respondió:

—¡Bah! No hace falta mucho dinero y quizá halle un amigo que se lo preste. Eso es lo de menos; pero temo que su hermana no querrá de ninguna manera quedarse el niño.

Cecilia le miraba regocijada. Comprendía que sería él el amigo. ¿Se realizaría su sueño? Al cabo, dijo:

—Escuche, señor; ya que es tan bueno para nosotras, debiera hacerme un gran favor: venir conmigo a ver a Norina. Usted solo puede hablarla y quizá convencerla... Vamos despacio, porque me ahoga la alegría.

Muy conmovido, Mateo echó a andar a su lado. También su corazón latía con violencia, cuando subió la escalera de aquella casa.

¡Diez años ya! Todos los antiguos horrores se le presentaron de nuevo. Vió la sombra de Victoria Coquelot, embarazada del hijo de sus amos; el rostro de Rosina, incestuosa y angelical, como un lirio trágico; a la señora Carlota, ensangrentada, deshecha, abandonando el fruto del adulterio para ir a la cama conyugal a mentir, a morir quizá. Y recordó también el perfil siniestro de la Couteau, de la asesina sin remordimientos, de la acarreadora de carne humana, que traía y llevaba niños como si fueran fardos de mercancías. Cuando subió arriba parecióle a Mateo que su última visita databa de poco tiempo. Estaba igual, con su papel gris perla a flores azules, sus muebles desaparejados y viejos. Las tres camas de hierro estaban en el mismo sitio, dos lado a lado, y la otra atravesada enfrente. En una de ellas había una maleta y un saco de mano. De pronto no se fijó en ello; pero después sí, y advirtió que aquello acababa de recordar todo lo antiguo. Hasta sona-

ban, como años atrás, las mismas cornetas del cuartel vecino. Sentada en la cama, Norina daba el pecho a su hijo.

—¡Cómo! ¿Es usted, señor?—exclamó al reconocer a Mateo.—Me alegro que Cecilia le haya traído... ¡Dios mío! ¡Cuántas cosas han pasado!... Lo cual hace que uno se sienta menos joven.

Al mirarla, le pareció que, efectivamente, estaba muy ajada, como les pasa a ciertas rubias que, después de los treinta, ya no se puede decir qué edad tienen. Tenía, sin embargo, buen aspecto todavía. Estaba gorda y parecía sentir gran cansancio y gran abandono de sí misma. Cecilia quiso hablar pronto y claro.

—Aquí tienes el chocolate... En la calle he encontrado al señor Froment, y como es tan bueno y se toma tanto interés por mí, accede a alquilarme un cuarto, donde vendrás tú a vivir conmigo... Lo he traído para que te decida a criar el niño... Ya ves que no puedes decir que te sorprendemos, pues te prevengo.

Norina quedó callada durante unos momentos; pero luego protestó:

—No, no; no me vengas con historias... Bastante desdichada soy.

Entonces intervino Mateo y le hizo comprender que, a su edad, podía esperar ya poco de los hombres; que de caída en caída llegaría al abismo de la miseria. Asintió a ello Norina, pues habló como mujer que ya no espera sino desilusiones, miseria y golpes de los hombres. Ya sabía la cruel realidad de aquel sueño de fortuna, libertad y placer que arrebató de sus hogares a tantas lindas obreras parisienses, deseosas de venderse caras para comprar todo aquel lujo que devoran con los ojos en los escaparates, y que luego caen de lo alto de sus ilusiones, no sacando de su comercio

con los hombres sino esas preñeces que las abren y de las que asesinan el fruto. Allí estaba ella sin oficio, sin belleza, sin juventud. Pero ¿qué hacerle? Cuando se está en el baile, hay que bailar.

—Aseguro a usted que ya tengo bastante de esa vida que, cuando una es joven, imagina tan magnífica. A veces no sé cómo siquiera, a otras los hombres las maltratan; esto sin contar el asco que dan todas esas porquerías... Pero ahora ya no hay remedio; cuando se ha empezado, se tiene que acabar, y así continuaré hasta que un día me recojan en un rincón para ir a reventar al hospital.

Había dicho estas palabras con la energía ferrea de una mujer que ve claramente su porvenir y ese porvenir es horrible. Luego miró al niño, que continuaba mamando.

—Vale más que vaya por su lado y yo por el mío. Así no nos estorbaremos.

Su voz se había dulcificado, y la expresión de su rostro era de infinita ternura. Mateo, admirado, viendo aquella emoción que no creía que pudiera despertarse en ella, respondió:

—Si le abandona usted, es condenarle a una muerte casi cierta, lo cual es horrible, ahora que ha empezado a alimentarle.

Se enfadó de nuevo.

—No es culpa mía. No quería darle el pecho. Me enfadé y por poco nos pegamos cuando la señora Bourdieu me lo puso en brazos. Luego ¿qué quiere usted que hiciera? Chillaba tanto de hambre, pobre criatura, parecía padecer de tal modo, que tuve la debilidad de dejarle mamar un poco, prometiéndome a mí misma no empezar de nuevo al día siguiente... Pero como chillaba también, no tuve más remedio que darle el pecho,

por desgracia mía. Sí, por desgracia, porque se acerca el día que tendré que abandonarle como a los otros dos.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. Era la historia de tantas solteras madres a las que se les hace dar el pecho unos días con la esperanza de que no se separen después de su hijo. Instintivamente, había comprendido la emboscada, afirmando que no debe empezarse si no se quiere acabar. Desde que cedió, pudo considerarse vencida, porque su egoísmo quedaría anegado en la ola de ternura, de piedad, de esperanza, que brota del corazón en tales casos. El pobre niño pesaba bien poco el primer día que le dió el pecho. Desde entonces le pesaron cada día y pusieron en la pared el gráfico del peso. Al principio apenas se fijó en ello; pero a medida que la curva se elevaba, diciendo lo que el niño crecía, se había fijado más. Bruscamente la curva bajó a consecuencia de una indisposición, y desde aquel día esperó con ansia verdadera la hora del peso, para ver si éste subía; y cuando sucedió así, cuando la ascensión fué continua, rió de alegría, apasionándose por aquella línea tan delgadita que subía siempre, que le decía que su hijo se había salvado y que todo aquel peso, toda aquella fuerza adquirida, eran obra suya, de su leche, de su carne, de su sangre. Después de darlo a luz, sintió que su maternidad, despertada al fin, hablaba el sagrado lenguaje del amor.

—Si quiere usted matarlo—dijo Mateo,—no tiene sino que arrancarle de aquí. ¡Mire usted cómo chupa el angelito!

Efectivamente, mamaba con extrema fruición, Norina rompió en amargos sollozos.

—¡Dios mío! De nuevo me atormenta usted... ¿Cree usted acaso que lo Jejo con gusto, que lo

abandonaré sin sentirlo? Me obliga usted a decir cosas que, al recordarlas luego, me hacen llorar. Ya sabe usted que nunca he sido mala, y conozco que al arrebatarme ese niño sentiré un dolor horrible.

Llorando también, la abrazó Cecilia, besó al niño y explicó a su hermana lo felices que serían ambas en una habitación clara y aireada, que creía ya ver. Era muy fácil pegar cajitas, y cuando Norina supiera, fuerte y robusta como estaba, le sería muy fácil ganar tres francos por lo menos. Ganando cinco francos entre las dos, resultaba aquello una verdadera fortuna, y representaba la educación del chiquillo y el abandono de todas las malas costumbres. Norina no resistía ya, y cesó de hacer signos de denegación.

—Haga usted lo que quiera; no tengo fuerza para contradecirle... De todos modos, crea usted que será para mí un verdadero placer poder guardar esa criaturita.

Encantada, Cecilia batió palmas, mientras que Mateo decía esta sentencia profunda:

—Lo ha salvado usted, y él le salva a su vez.

En aquel instante entró una alta figura negra, una mujer seca, delgada, de rostro severo, con los ojos extintos y la boca pálida. ¿Dónde había visto aquella plancha apenas desbastada, aquel tale sin gracia, sin caderas ni pecho? Era Amy, la inglesa que diez años antes había visto vestida de igual modo, con igual aspecto, ignorando hasta la lengua francesa. Ahora reconocía sobre la cama, la maleta cerrada y el saco de viaje. Por cuarta vez paría en la casa, y esta vez, como en la primera, llegaba sin avisar ocho días antes del parto; luego, después de librar y de enviar su hijo a la Inclusa, se marchaba otra vez a su tierra.

Cuando iba a salir con su ligero equipaje, Norina la detuvo.

—¿Ya nos abandona usted? Dé un beso a mi pequeñuelo.

La inglesa besó el cráneo desnudo del chiquillo, sorprendida de sentir aquella carne tan caliente y tan tierna.

—Buen viaje—añadió Norina.

—Yes... buenos días, buenos días...

Se fué sin mirar siquiera por última vez aquel cuarto donde tanto había sufrido. Mateo quedó pasmado como diez años atrás, al ver cómo se marchaba aquella mujer que venía del extranjero para librar en Francia; aquella mujer tan impropia para el amor y que se marchaba sin dedicar siquiera una lágrima ni un recuerdo al hijo que quedaba en tierra extraña, del mismo modo que el labrador sin entrañas y sin amor a la tierra echa la simiente en el surco dejándola abandonada al azar.

—Creo que llegará a tener media docena—dijo Norina.

—Parece, sin embargo, que no hace grandes progresos en el francés, porque a pesar de todos mis esfuerzos, y de preguntarle continuamente qué vida lleva en Inglaterra, no me contesta ni una palabra... He aquí una que debiera criar, a fin de no quedar embarazada tan a menudo.

Reía y bromeaba, contenta y tranquila ya. Quiso levantarse para acompañar a su hermana y a su amigo hasta el primer piso. Constanca y la señora Angelín tenían entretanto una conferencia con la señora Bourdieu. Aquella no había dicho su nombre, como si únicamente quisiera acompañar a su amiga en aquella ocasión; pero la comadrona adivinó una cliente probable al ver aquella señora tan curiosa que hacía pregunta sobre

pregunta. Acababa de ocurrir una escena dolorosa, cuando la comadrona, cansada de los ruegos de la señora Angelín, y comprendiendo que no podía engañarla durante más tiempo, le dijo que todo tratamiento le parecía inútil para curar su esterilidad. La pobre mujer rompió a llorar amargamente, en tanto que Constancia prorrumpía en exclamaciones de sorpresa, no comprendiendo cómo, a su edad, podía ocurrir un caso semejante. Entonces la señora Bourdieu alabó su método y dijo que gracias a él dos señoras de cincuenta años estaban en cinta. De cada diez casos, los nueve se resolvían favorablemente. Redoblaron los sollozos de la señora Angelín al saber que ella era de las pocas que no podían aspirar al remedio. Cuando aquellas señoras se levantaron, la señora Bourdieu las acompañó y dijo, queriendo enmendar su anterior diagnóstico:

—Le sobra a usted salud y fuerza para tener muchos niños, señora. Ha esperado usted demasiado y quizás el órgano ha padecido una degeneración. Creo que sería conveniente probar la electricidad... Vuelva usted de aquí a unos días.

En aquel momento Mateo y Cecilia hablaban aún con Norina, cuyo niño se había dormido como un Jesúsito entre sus brazos. Hablaban de alquilar una habitación en seguida, cuando Constancia y la señora Angelín salieron. Quedaron tan admiradas de verle allí con aquellas dos muchachas, que fingieron no verle. Pero Constancia, bruscamente, reconoció a Norina, recordando que diez años antes Mateo había servido de intermediario a su marido. Sintió entonces repugnancia y celos al mismo tiempo, pensando de quién podría ser el niño que aquella chica tenía en brazos, y, sin saber por qué, recordó al otro, al que había desaparecido, y se marchó furiosa, avergonzada, co-

mo amenazada y manchada por aquellas abominaciones que desde algún tiempo parecían asaltarla. Mateo, comprendiendo que ni Norina ni Cecilia habían reconocido a la señora Beauchéne, bajo su velo, continuó explicando tranquilamente que procuraría que la asistencia pública le proporcionara una cuna, ropa y algún socorro en metálico, ya que Norina se decidía a criar a su hijo.

Añadió que se comprometía a que le pasaran una renta de treinta francos mensuales durante un año, por lo menos. Estos socorros servirían de gran ayuda a las dos hermanas, y añadió que él se encargaba de los primeros gastos de instalación. Norina quedó tan contenta, que quiso abrazarlo.

—Eso se llama ser un hombre—exclamó.—Esto me reconcilia con los demás. Bese usted al chiquillo, porque estoy segura que esto le va a dar suerte.

En la calle de La Boetie, Mateo, que iba a la fundición Beauchéne, tomó un coche y quiso acompañar a Cecilia, pero ésta le dijo que antes quería pasar a ver a Eufrasia, que vivía cerca. La hizo subir al coche, y cuando estuvo en él, la pobre muchacha no sabía cómo expresar su alegría, pensando que al fin iba a realizar su sueño teniendo casa propia.

—No suponga usted que tengo mal corazón porque me alegro al saber que voy a emanciparme; pero crea que hay motivo para ello, pues mi casa se ha convertido en una especie de infierno, a consecuencia de que reina en ella el desorden más completo. Irma continúa tan perezosa como siempre, ya que en su vida ha sabido lo que es trabajar. Mamá temía que acabara mal como Norina, pero la chiquilla ha sido lista y ahora está a punto de casarse con un empleado de Correos, al

que no ha permitido ni la más ligera libertad. Alfredo tampoco trabaja y está convertido en un verdadero bandido. El otro día robó no sé a quién, y a duras penas pudimos sacarlo de las uñas del Comisario de policía. Es un haragán de primera fuerza y mi madre deja que gaste el dinero como si los demás no debiéramos comer. Continuamente me amenaza y me pega y dice que quiere matarme... No puedo aguantar más y me parece que ya que no sirvo para nada a mis padres, tengo derecho, por lo menos, a vivir sin sobresaltos y sin angustias.

Habló luego de su hermana Eufrasia.

—¡Si supiera usted de la manera que ha quedado mi pobre hermana desde que la operaron!... Yo, por lo menos, aunque no muy robusta, no estoy casi nunca enferma, y los dolores que sentía en los riñones, han desaparecido, aun cuando alguna vez sienta cierto malestar. Pero la pobre Eufrasia es una verdadera ruina. Su marido no hace caso de ella y vive en la misma habitación con otra mujer que le arregla la comida y cuida los niños. En cuanto a ella, parece una vieja, y no sirve para nada. Le aseguro a usted que causa verdadera lástima.

Luego, después de callar durante un momento, añadió, al llegar el coche a la puerta de la casa:

—¿Quiere usted subir? Lo desearía para que la animara un poco, ya que tengo que darla una mala noticia. Hace un par de semanas, creyendo poder trabajar como yo en las cajitas de cartón, le dí algunas; pero está tan acabada, que no ha trabajado nada y ahora no tengo más remedio que recogerlas, lo cual le va a dar un disgusto.

Mateo consintió. Arriba, en el piso, vió uno de los espectáculos más tristes y horribles que pu-

diera imaginar. En el centro de aquella habitación única que servía de dormitorio y comedor, Eufrasia estaba sentada en una silla de anea. Habríase dicho que era una viejecita de sesenta años, aunque tenía treinta apenas; pero tan encogida, tan ajada, que parecía una de esas frutas que se dejan secar al aire y que acaban por perder todo su jugo. Le habían caído todos los dientes y apenas conservaba algunos cabellos. Lo que caracterizaba más aquella senilidad precoz, era la pérdida increíble de sus fuerzas y la desaparición casi completa de la voluntad y de la energía consciente, hasta el punto que pasaba días enteros amodorrada, inmóvil, sin hacer ni decir nada.

Cuando Cecilia le hubo recordado al señor Froment, el antiguo dibujante en jefe de la fundición, no pareció reconocerlo, y cuando su hermana le dijo el objeto de la visita, reclamándole las cajitas, contestó con un gesto que expresaba su gran cansancio:

—No sé qué decirte, hija, esto es muy pesado, y apenas lo toco, empiezo a sudar y me canso.

Entonces, una mujer gruesa y desparpajada, que estaba allí y daba de merendar a los niños, dijo con aire de autoridad:

—Hará bien en llevarse esas cajas, señorita Cecilia, pues Eufrasia no puede hacer nada, y este trabajo acabaría por echarse a perder.

La que hablaba era la señora Joseph, una viuda de unos cuarenta años, que hacía de asistenta en algunas casas del barrio, y que el marido de Eufrasia tuvo que hacer ir a la casa, para que se cuidara de la limpieza y de la comida. La desdichada se opuso al principio furiosamente a que entrara una mujer extraña en la casa; pero a medida que su decaimiento físico se agravó, tuvo que tolerar que aquella mujer le usurpara su si-

tío, no sólo para con los niños, sino para con su marido. Aquella pobre mujer inútil había llegado a tal punto de decaimiento, que ya no servía para nada a su esposo, a pesar de los horribles celos que sobrevivían a su impotencia. Benard, a fuer de hombre vulgarote y brutal, encontró muy lógico aprovecharse de otra mujer, ya que la suya no le servía, obedeciendo a una necesidad imperiosa de la naturaleza y sin tratar de afligir a su mujer. Hubo al principio escenas tremebundas hasta el día que la miserable castrada acabó por resignarse a lo que era inevitable. Cedió hasta el lecho conyugal y se refugió en el gabinete obscuro de sus hijas, por miedo, por deseo de ocultarse como un animal enfermo, dejando que sus hijos durmiesen cerca de su mamá postiza; lo que probaba que ni Benard ni la viuda tenían mal corazón, es que no la echaban a la calle como otros hubieran hecho.

—¡Todavía está usted en mitad de la sala!—dijo bruscamente la viuda, que yendo y viniendo tropezaba siempre con su silla.—Parece imposible que no pueda estarse quieta en un rincón.

Inquieta y atemorizada, Eufrasia se levantó vacilando y con gran trabajo arrastró la silla hacia atrás, cerca de la mesa. Allí se sentó de nuevo, cansada, rendida. Cuando la viuda acababa de poner un trozo de queso y una rebanada de pan sobre la mesa apareció Benard. Era el mismo muchacho de siempre; bromeó con su cuñada y se mostró muy deferente con Mateo, al que dió las gracias por el interés que se tomaba por su mujer.

—No es culpa suya, señor; los culpables son esos bandidos que la han operado sin prevenirme. Al principio creíamos que estaba curada; pero ya ve usted cómo está. Tengo para mí que

no debiera permitirse hacer esas operaciones a una mujer que tiene marido e hijos. Ya ve usted cómo han puesto a Cecilia, y hay otra, una baronesa que creo conoce usted, que también está aviada. Tan guapa y rozagante como era, y ahora parece una vieja de cien años. Creo que debiera condenarse a presidio a esos médicos que tanto daño causan.

Cuando quiso sentarse junto a la mesa, tropezó contra la silla de Eufrasia, que le seguía con la mirada inquieta y atónita al mismo tiempo.

—¡Todavía entre piernas! Vaya, apártate de una vez.

Aunque no era aquello ninguna amenaza terrible, la desdichada se puso a temblar, sobrecogida por un miedo infantil, como temiendo que la golpearan. Arrastró la silla hacia el gabinete, y viendo que la puerta estaba abierta, se metió en él, quedando en la sombra, como la figura vaga, esfumada, de una viejecita. Mateo sintió que se le oprimía el corazón al ver aquel terror senil, aquella obediencia pasiva en una mujer que antiguamente hacía temblar a todos los de la casa y se peleaba de continuo con su hermana y regañaba con su marido y era un espantajo para cuantos vivían con ella.

La mujer, la criatura de voluntad, de trabajo y de vida, desapareció al mismo tiempo que desaparecían la esposa y la madre. Suprimido el sexo, no quedaba más que aquel pingajo. ¡Y pensar que aquella mujer pasaba todavía en los anales de medicina como uno de los éxitos más brillantes del doctor Gaude, que afirmaba haber salvado de una muerte cierta a la obrera y devuéltole más sana y robusta que nunca a su esposo y a sus hijos. Razón tenía Boutan en afirmar que para hablar del éxito de esas operaciones era preciso

dejar pasar algunos años. Cecilia abrazó a los niños con ardiente ternura y sintiendo que se le llenaban los ojos de lágrimas, se marchó, siguiéndola Mateo. Al llegar a la acera, dijo:

—Gracias, señor Froment, vuelvo a casa... ¿No es verdad que esto es horroroso? Le aseguro que estaremos en la gloria en cuanto tengamos la habitación que nos ha prometido usted.

En la fundición, Mateo, que fué directamente a los talleres, no obtuvo ningún dato preciso acerca de la trilladora que había encargado. Le dijeron que el hijo del patrón, Mauricio, había salido, y que nadie le podía contestar sino él, ya que Beauchéne no había parecido en toda la semana. Preguntando, supo que éste había vuelto hacía unos momentos y que debía estar en la habitación con la señora. Subió, pues, al piso, no tanto por la trilladora como para otro asunto que le interesaba mucho. Blas, uno de los gemelos, que era un muchacho de diecinueve años, estaba a pique de casarse con una joven sin fortuna, Carlota Desvignes, que no tenía dote alguno. Sus padres, enternecidos, no quisieron desesperarle recordando su divina imprudencia de la juventud. Pero para casarle en seguida, precisaba colocarle. Beauchéne, que lo supo, se ofreció galantemente a tomar a Blas, contento de aquella ocasión que le permitía mostrar sus simpatías hacia sus primos. Mateo, a quien condujeron al saloncito de Constanca, encontró a ésta tomando una taza de té con la señora Angelín, que había ido a casa de la comadróna. La llegada inopinada de Beauchéne había interrumpido sus confidencias. Bajo pretexto de un viaje, volvía probablemente de alguna bacanal desordenada, de alguna de esas fiestas de amor barato, que empezadas en la calle duraban a veces dos o tres días. Decía mentira sobre mentira

a las mujeres, y tenía todavía la lengua estropajosa, a consecuencia de las abundantes libaciones. En cuanto vió a Mateo, exclamó:

—Hablabas a esta señora de los magníficos pasteles que se comen en Amiens.

Cuando Mateo le habló de Blas, hizo muchas protestas de amistad, y dijo que ya no había que tratar más del asunto, que le enviara al chico cuando quisiera y lo pondría a las órdenes de Morange para que aprendiera pronto la marcha de la casa. Y soplabas, escupía, exhalaba aquel olor de tabaco, de alcohol y de almizcle recogido en la compañía de sus queridas, en tanto que su mujer le sonreía afectuosamente, le lanzaba de cuando en cuando miradas de desprecio y asco, cuando la señora Angelín no podía verla. Como dijera Beauchéne que no sabía nada acerca de la trilladora, Constanca aguzó el oído. La entrada de Blas en la casa la había hecho poner seria, y recordando la imagen de Norina, temió, sin saber por qué, que los dos hombres tramaran algo. Mateo comprendió sus sospechas y explicó la visita que había hecho a Norina y Eufrosia, haciendo hincapié en el resultado de todas aquellas operaciones que se decían tan inútiles y que sólo servían para estropear a las operadas.

Las dos mujeres se estremecieron y se horrorizaron; pero a Beauchéne le hizo aquello mucha gracia, y procuraba que su primo diera los detalles más escabrosos, sin importarle un bledo la presencia de su esposa y de la señora Angelín.

De repente, Constanca exclamó:

—Aquí está Mauricio.

Era efectivamente el joven, el único dios en que creía su madre, en el que cifraba todo su orgullo, todas sus esperanzas, y que le parecía fuerte, robusto y hermoso como los héroes de las le-

yendas. Cuando explicó que acababa de terminar ventajosamente un negocio que planteara mal su padre, y que a la semana siguiente podría entregar la trilladora, Constancia sintió un rayo de esperanza y de alegría indecibles.

Debieras tomar una taza de té, hijo mío.

Mauricio aceptó, y luego dijo:

—Por poco me aplasta un ómnibus en la calle de Rívoli.

Se puso lívida y la taza le escapó de las manos, pensando que su dicha estaba a merced de un accidente. Beauchéne exclamó:

—¿No ves, tonta, que es él quien ha aplastado al ómnibus? Pobre Mauricio, tienes una mamá muy ridícula. Yo sé cuán fuerte eres, no tengo nunca ningún cuidado.

Aquel día la señora Angelín volvió a Jonville con Mateo. En el vagón en que estaban solos se echó a llorar sin causa aparente. Luego murmuró como soñando:

—Tener un hijo y perderlo debe ser una cosa atroz; pero por lo menos se le ha visto nacer, crecer, correr, jugar durante años y años. Pero cuando el niño no nace siquiera, no nace nunca nunca... ¡Todo es preferible a eso!

En Chantebled, Mateo y Mariana fundaban y creaban sin descanso. Durante aquellos dos años quedaron de nuevo victoriosos en el combate de la vida contra la muerte por aquel crecimiento continuo de familia y de tierra fértil que constituían su alegría y su fuerza. El deseo inflamaba sus cuerpos, el divino deseo les fecundaba, y su energía y su voluntad terminaban la obra gracias a su tranquilo valor y el amor al trabajo, necesario fabricante y regulador del mundo. Pero aquella victoria no la consiguieron sin lucha constante y encarnizada y aun cuando fuera cada vez más

ancha y amplia, a medida que la conquista se extendía por el dominio entero. En la meseta desde la granja de Mareuil a la de Sillebonne no había un árbol que no les perteneciera, y aquellos bosques extensos formaban como un parque real de árboles centenarios junto a las praderas y a los campos verdeantes. Mateo hizo abrir avenidas y transformó los claros en prados de pasto, que mantuvieron cientos de cabezas de ganado. El arca de vida pululó y se aumentó con aquellos centenares de animales, y reinó nueva y mayor fecundidad, se ensancharon los establos, crecieron los estercoleros, que abonaron las tierras, dándolas una fertilidad formidable. Podían nacer hijos e hijos, puesto que había rebaños sin fin para vestirlos y alimentarlos. Junto a las mieses maduras, los bosques extendían sus sombras estremecidas por la germinación eterna que se cumplía bajo los rayos del sol. En tanto que Mateo acababa su conquista, Mariana, durante esos dos años, tuvo la desgracia de casar a su primer hijo cuando ella misma estaba a punto de parir. Como la tierra de buena calidad, continuaba fecunda hasta cuando la semilla brotada de su seno, e iba a cumplir a su vez nueva obra de vida. El matrimonio de Blas fué una fiesta deliciosa de infinita esperanza. Los otros ocho hermanos estaban allí: Dionisio, Ambrosio y Gervasio, que terminaban sus estudios; Rosa, la hija mayor, linda y sana; Clara, niña todavía; Gregorio, que empezaba a ir al colegio, y los dos pequeñuelos Luisa y Magdalena. Muchos vecinos de los alrededores acudieron para presenciar la alegre ceremonia y el paso del cortejo que formaban los ocho hermanos acompañando al mayor a la Alcaldía.

Durante los meses de vacaciones, cuando la fa-

millia iba a algún mercado, las gentes se detenían para ver pasar los coches, los caballos, las bicicletas que llevaban a aquella gente dichosa entre risas y gritos que expresaban su salud y su alegría. Y otra vez, después de pasar esos dos años, Mariana tuvo una nueva hija que se llamó Margarita. El parto fué feliz, pero tuvo luego una fiebre puerperal que dificultó la subida de la leche, lo cual, por un momento, le hizo temer que no pudiera amamantar a la pequeña como había criado a los otros. Cuando Mateo la vió levantada y sonriente, con su pequeñuelo en brazos, la abrazó apasionadamente, triunfante a pesar de todas las penas y todos los dolores. Un hijo más, más riqueza y mayor poder, una nueva fuerza obrando sobre el mundo, otro campo sembrado para mañana. Era aquella la grande, la buena, la eterna obra de fecundidad cumplida por la tierra y por la mujer, vencedoras de la destrucción, creando subsistencias a cada nuevo hijo, amando, queriendo, luchando, trabajando a través del sufrimiento, buscando sin cesar, más vida, y esperanza más cierta.

V

Pasaron dos años más. Mateo y Mariana tuvieron otro hijo, un niño. Y también, a medida que crecía su familia, aumentó la extensión de tierras que cultivaban, adquiriendo todos los páramos que había al Este, hacia la aldea de Vieux-Bourg. El último lote de tierras era suyo. La propiedad comprada por Seguín, el proveedor del ejército, había pasado a manos de Mateo. Y al ser de otro pro-

pietario, las tierras habían sufrido una transformación enorme: una fertilidad sin ejemplo sucedía a una pobreza indecible; las malezas se transformaban en espigas, las charcas en canales de riego. No quedaba sino aquella cufia que formaba la propiedad de los Lepailleur y que parecía una mancha, una deshonra. Era la conquista invencible de la vida, de la fuerza, venciendo todos los obstáculos, creando sin cesar nuevas existencias, afirmando la fortaleza de las que ya existían, infundiendo en las venas del mundo mayor alegría y más energía y fuerza. Blas, que tenía ya una niña de diez años, habitaba en la fundición y ocupaba el pabelloncito que meses atrás ocuparan sus padres y en el que su madre había dado a luz a Gervasio. Carlota, su mujer, se hizo querer de los Beauchéne por su amabilidad y por su alegría juvenil, hasta el punto de ser Constantia la que le pidió que fuera a vivir cerca de ella. La verdad es que la señora Desvignes había conseguido que Carlota y Marta fueran dos muchachas encantadoras. Sabiendo que carecían casi por completo de dote, procuró que, por lo menos, tuvieran una educación y una instrucción que no dejaran nada que desear, pensando que aquello podía facilitar su matrimonio. Como vivían en una casita cerca de Jonville, muy pronto se establecieron relaciones amistosas con los Froment, y cuando Blas se hubo casado con Carlota, su hermana Marta se convirtió en la amiga inseparable de Rosa Froment. Carlota, que era muy estudiosa y reflexiva, aprendió dibujo con verdadera afición y llegó a pintar miniaturas muy hermosas, teniendo así un medio de hacer frente a cualquier catástrofe, si acaso ocurría. Sin duda, Constantia apreció a Carlota, la cual le pidió un medallón con su miniatura, a causa de su